

—Hoy! —ang tugon ko naman.
 —Wala ka bang balitâ sa Nabutas?
 —Wala ah! Bakit ano ba?
 —Hus! kay laking kadamúnyuhan! —ani Blê na sinabayán ng limang kamot na sunód-sunód sa kanyang tuktok.
 —O, at bakit?
 —Ow, ay iyon bang *saragat*... samahan doon sa Nabutas.
 —O, eh ano!
 —Sukat bang ang n̄alan daw eh, “Samahan nḡ kadalagahang Nabutas!!”
 —O, eh ano n̄gayon ang ipinagpuputók nḡ butse mo?
 —Aba liring si Kekò pala!
 —O, at bakit?
 —Papaanong di magpuputók ang butse ko eh, sa ako’y talagang nanḡunḡupinyó sa n̄alang iyan... Diyata kaibigan at kadalagahang Nabutas?... Susmariosep, susmariosep, katotong Kekò, susmariosep!
 At iniwan ako’t sukat nḡ katoto kong Blê!

o°o

¡¡KE ORROR!!...

Isa namang katoto ko rin ang sálalanták nḡ ganito:

—Keko!”
 —Hep!
 —Sabákan mo nḡâ!
 —Anóng sabákan?
 —Lipahin mo!
 —Hindi naman ako manglilipa eh.
 —Kahi’t na! Sampayán mo!
 —Sino?,
 —At sino pa kundí ang Gobernador sa inyo!
 —Gobernador sa amin? Gobernador? eh! eh! eh!
 —O, eh ano ikaw ba’y natatakot?
 —Eh, eh, mamaya eh ipapupog ako sa kanyang m̄ga lásak eh!
 —Si Keko palá! Isip ko’y di ka duwag.
 —At ano ba ang tin̄gin mo sa ákin. At bakit mo pasasampayan sa ákin ang aming Gobernador?
 —Aba! ay sabihin mong mag-aral siya nḡ kaunting *decencia*! Sabihin mong iyang m̄ga salitang “*in... ka!, p... ang ina mo!, p... ka!*” ay di nararapat lumabas sa bibig nḡ isang Gobernador, lubhá na sa harap nḡ *publico* na binubuó pa namán *precisamente* nḡ m̄ga *decen-tang* Señoritas at Señores!

Ke Orror nḡa naman niyang *onorable* Gobernador, *Ke orror!! Hindi ako si*

KEKO!

El Ideal Filipino

El pueblo filipino, como todos los pueblos, como todos los individuos, aspira á su bienestar y al disfrute de la mayor suma de felicidad

posible en la tierra. Esta aspiración general, sin embargo, no siempre reviste igual intensidad, sino que es gradual, al compás del tiempo y de las circunstancias, y á medida del progreso y de las fases varias de la civilización. La humanidad, en sus albores, se contentó con los beneficios de pequeñas agrupaciones y de la defensa mútua, que la ponían á salvo de los ataques de las fieras; y solo mucho más tarde, y paulatinamente, fueron elevándose sus anhelos á la altura de las prosperidades y bienandanzas del presente. En cuanto á los individuos, lo natural, lo corriente es que un pobre, por ejemplo, solo desee alcanzar una posición más ó menos desahogada, que le ponga á cubierto de estrecheces, siendo también natural que, una vez alcanzada esa posición, se afane por ir la mejorando, mejorando, hasta el mayor grado de opulencia posible.

Proceso idéntico rige en todos los órdenes del progreso humano. Por eso, el pueblo filipino, que al principio de la dominación española, pareció estar bien hallado con el carácter tutelar de la política colonial con que era gobernado, más adelante echaba de menos derechos iguales á los de la Metrópoli, y aspiraba á lo que entonces se llamaba *asimilación*; por eso hoy aspira á tener un gobierno propio, libre de todo poder extraño, y sin duda aspirará mañana á algún principal papel en el concierto internacional, sin que sea de ningún modo razonable deducir de ahí que no tiene fijeza en sus aspiraciones, ó que no es consecuente con sus propios anhelos, porque en el fondo, y al través de esos distintos modos de exteriorización, siempre ha deseado y deseará su bienestar y su dicha.

Así se explica que el Dr. Rizal, Marcelo H. del Pilar, esas dos grandes figuras de la Historia de Filipinas, que llegaron á ofrecerse en holocausto en aras de la Pátria, deseando ardentemente su *redención final*, se hayan manifestado simplemente *asimilistas* en su labor política, plegándose á las circunstancias de su época, y en el empeño por que su pueblo, que *nada* entonces tenía, pudiera empezar *desde luego* por tener *algo*. No hay que clasificarlos por eso entre los actuales Progresistas, como se ha intentado alguna vez, ni tampoco sería justo que los actuales Nacionalistas quisieran apropiárselos como de su bando. Esas líneas divisorias de los partidos políticos, que destacan hoy á la luz de las libertades alcanzadas, no se distinguían en la noche de nuestro pasado, entre las ne-gruras de aquel horizonte. A aquellos titanes del filipinismo, si se les quisiera medir por el espíritu respectivo de los partidos ahora militantes, habría que calificarlos como ultraprogresistas y ultranacionalistas, porque ellos fueron los precursores, los maestros de unos y de otros, ellos han señalado á su pueblo el camino de su salvación, y murieron abrazados á la cruz del sacrificio.

EL ERMITAÑO DEL PASIG.